



Aprendiendo un poco de la realidad colombiana

Por **Gabriela Zumbühl**, suiza

MIS NOTAS

“El mundo es un pañuelo”, dice el viejo refrán. Esta es la historia de Gabriela, una chica suiza, que casualmente se encontró con otra muchacha suiza en Taganga, un pequeño pueblo de pescadores de la costa caribeña de Colombia. Ya se conocían en su país natal, aunque no eran amigas. En este lugar, compartieron algunos días y lograron conocerse mucho más. Cuando supieron que podrían compartir el viaje, decidieron embarcarse juntas en esta nueva aventura. Conoce que fue lo que pasó después...

Desde Taganga, un paraíso para los mochileros y uno de los mejores lugares para hacer buceo en Colombia, decidimos dirigirnos hacia Cartagena de Indias, ciudad a orillas del Mar Caribe, y que es “Patrimonio Histórico y Cultural de la Humanidad”.

Durante el trayecto, y gracias a una amiga colombiana, aprendimos como regatear, o sea, negociar los precios, y también a pedir una “yapa”, que corresponde a un pequeño regalo añadido a las compras que te hacen los comerciantes para que el cliente siempre quede contento y vuelva otra vez a comprar.

Durante esos días se celebraba en Cartagena el “Festival Internacional Latinoamericano de Cine” y tuvimos bastante suerte, porque un chico catalán nos consiguió boletos para ir a ciertos preestrenos de películas a los que sólo podía asistir gente acreditada, como críticos de cine, directores o periodistas.

Días después, junto a él y dos argentinos más, fuimos a Playa Blanca, situada en la isla de Barú, a unos 20 kilómetros de Cartagena. Parte del viaje lo hicimos en un taxi ocupado por 6 personas (sobreocupado, diría yo) hasta llegar al ferry para poder cruzar a la isla.

Allí conocimos a unos trabajadores que también debían cruzar para poder ir a trabajar. Hablamos con ellos y les preguntamos si nos podían acercar a la playa, ya que debían hacer el mismo recorrido que nosotros.

Sin embargo, en esa zona hay mucha pobreza y varios de sus habitantes se intentan ganar la vida haciendo de mototaxis (que son

“CALI ES LA CAPITAL DE LA SALS
Y ALLÍ SE BAILA CON PASIÓN...ES
LA CIUDAD MÁS LLENA DE MOTE-
LES POR CUADRA DE TODA CO-
LOMBIA, PARA PODER HACER EL
ÚLTIMO BAILE EN LA CAMA”

pequeñas motocicletas de tres ruedas con techo), y por eso no les pareció muy bien que estos trabajadores nos llevaran en el auto de su empresa y los dejaran a ellos sin

trabajo. Así que decidieron intervenir para que no nos llevaran. Y lo consiguieron...

Nos enojamos y por entrometidos, decidimos no alquilarles sus mototaxis. Así, realizamos el recorrido a pie mientras intentábamos hacer autostop. Después de caminar unas horas, y con la certeza de que aún nos quedaban muchos kilómetros por recorrer y que el sol ya se estaba poniendo, finalmente, decidimos abandonar nuestros principios y, resignados, cogimos los famosos mototaxis.

Como ya era tarde no encontramos muchas motocicletas y debimos apretujarnos e ir dos personas en cada vehículo, más el conductor, con nuestras respectivas mochilas.

Afortunadamente, Playa Blanca realmente es un paraíso. Pero a pocos metros de la arena blanca y de ese paraíso turístico se amontonaba toda la basura de un turismo desmesurado, especialmente en un país con déficit de servicios.

Desde Cartagena, el nuevo destino fue Medellín. Hicimos el recorrido en un bus nocturno. La ciudad paisa, nombre que se le da a esta región, es la segunda más grande de Colombia y la única que dispone de un “metro aéreo”, ya que gran parte de este servicio se realiza en altura.

Como llegamos en época de elecciones se había instaurado la “ley seca”, con la cual no se puede servir, comprar, o beber alcohol en ningún lugar público, cosa que nos hizo conocer el lado más tranquilo de la ciudad.

Al cabo de unos días, partimos hacia Salento con nuevos compañeros de viaje. Este pueblo pertenece a la zona cafetera del país. Allí nos hospedamos en una finca rodeada de su propia plantación de café, plátanos, bananos, naranjas, piñas. La verdad es que nos sentimos como en el jardín del Edén.

De hecho, en Salento es como si el tiempo se hubiese detenido; es como entrar en otra época: sus pequeñas casas coloniales del siglo XVII, sus calles empedradas, sus carruajes y sus jinetes.

Dentro de los alrededores, hicimos una excursión al Valle del Cocora, un mundo místico sumergido entre palmeras que nacen a 2000 metros de altitud, donde hay niebla, colibríes, plantas exóticas, etc.

Después de nuestra estadía en la región de Quindío, decidimos partir hacia Cali. A medida que íbamos bajando de altitud, el clima se volvía cada vez más caloroso y asfixiante. Ese mismo calor también se transmite en el carácter de sus

habitantes: los caleños.

Cali es la capital de la salsa y allí se baila con pasión, y esto deriva en que es la ciudad más llena de moteles por cuadra de toda Colombia, para poder hacer el último baile en la cama...

Los cuatro principios de un caleño son: bailar bien; llevar un reproductor MP3 para poderlo utilizar en los moteles; tener mu-

cha energía sexual; y reservar energía por si tu amante te exige la “yapa sexual”.

Después de la capital del baile, y al llegar las vacaciones estatales

de Semana Santa, nos dirigimos hacia Popayán, en el departamento del Cauca (casi en el centro de Colombia), para presenciar sus famosas procesiones católicas y visitar su centro histórico colonial, con sus casas e iglesias blancas, y sus calles empedradas.

Aquí convivimos con una familia colombiana y fuimos testigos de su gran hospitalidad, aunque a veces se puede volver un poco extrema. El constante intento de que no te falte nada cansa un poco y a veces sientes que invaden tu independencia viajera.

Nuestro periplo se realizó por los lugares más turísticos y nuestra visión de Colombia fue bastante global. De todas formas, cuando nos hemos quedado más tiempo en sus pueblos y ciudades, conociendo y conociendo más a su población, te percatas de la otra realidad: la de su gente, la que vive día a día. En definitiva, su realidad social, aquella que te hace abrir los ojos.

Pero de cualquier manera, nuestra experiencia en tierras colombianas ha sido increíble y recomendamos a toda persona que tenga en sus planes viajar a este país, que no lo dude, ya que este hermoso lugar no lo va a dejar indiferente.

“CONVIVIMOS CON UNA FAMILIA COLOMBIANA Y FUIMOS TESTIGOS DE SU GRAN HOSPITALIDAD, AUNQUE A VECES SE PUEDE VOLVER UN POCO EXTREMA”

Mira las fotos que tomó el mochilero en su viaje en www.veintemundos.com. Escucha simultáneamente la versión audio y bájala a tu MP3. Pasa con el mouse encima de las palabras que no conoces y verás cómo mejorará tu español.